

El mito del talento de la vedette

Por Luis Ricardo Ramos Hernández

Bellas de Noche (2016).
Dirección: Miguel M. Delgado

Bellas de noche es un documental de María José Cuevas producido por Netflix en 2016 y homónimo de la sexy-comedia dirigida por Miguel M. Delgado (1975), protagonizado por Sasha Montenegro y Carmen Salinas, que inauguró el género llamado de “ficheras”. *Bellas de noche* arranca con imágenes de archivo de Lin May en *Tivoli* (Isaac, 1975) y sondeos televisivos del periodismo de espectáculos, la película indaga en los recuerdos de las vedettes de los años 80 Rossy Mendoza, Olga Breeskin, Lyn May, Wanda Seux y Princesa Yamal; *Bellas de noche* las acompaña unos días en el desarrollo de sus proyectos actuales y las convence de mostrar unos últimos bailes y últimas cantadas a cuadro.



En *Bellas de noche* o el mito del talento en la explotación, Olga Breeskin en

stock de video acelerado se prepara para salir al escenario siendo abordada por gente y más gente, cuando paralelamente, brinda una entrevista a César Costa. Olga del presente, todavía rodeada de un equipo de producción, hace cantar al staff (“Todos queremos ver a Olga”) para luego contar que aprendió a hacer de todo, tocar el violín y realizar un trabajo como cualquier otro, pero sintió pronto la insistencia sobre su imagen (“¿Por qué no baila y deja el violín?”), por lo que decidió crearse un personaje. Rossy Mendoza reflexiona sobre la belleza en la que Albert Einstein dijo que tendríamos que vivir todos y exclama después simpática “¡Kikiri miau!”. Rossy rompe la piñata de Betty Boop en el patio de su edificio y cuenta que en la escuela de monjas las enseñaron a bañarse con ropa y que luego le gustó quitársela. Rossy finge pudor de buscarse desnuda en YouTube con el Zayas (“¡Qué grosero!”) y acepta que la coronen reina del tlacoyo. Wanda Seux se coloca un tocado de plumas que llegan al suelo y coquetea a la cámara "a mis 62 años", ya vuelta toda una señora de los perritos, lejos de aquella que cantaba en la TV argentina “Loca, loca, loca, dicen que yo soy... ¡Ah, ah!”; no pudiendo ni colocar de vuelta el teléfono en el clavo de la pared y luchando por la causa en las calles (“¡maltrato animal/ al código penal!”). Wanda toma su Hierro y sus vitaminas del oncólogo camino a compartir experiencias con su paisana Yamal sobre las TV notas y prometiendo que las que derrama serán las últimas lágrimas (“¿Qué tiene de malo las arrugas, si doy todo en el escenario?”). La princesa Yamal se mira al espejo y recuerda ese primer deseo de ser artista. ¿Y por qué ser artista, le preguntó su prima? “Porque tengo unas belles gambes”. Yamal amasa con energía y se vuelve una más de los *Ladrones viejos, leyendas del artegio* (González, 2007), al recordar el robo de joyas en el museo de Antropología, crimen en el que acompañó sin saberlo, a su pareja sentimental y que la llevó dos años a la cárcel. La princesa Yamal presume contenta a una hija que desea congelarla como a Walt Disney —lo que podríamos decir que la convertiría en una princesa Disney—; y la princesa Yamal, triunfante, alza los brazos al aire, como en el Titanic y nos agradece por acordarnos de ella. Lin May pasea por los parques de la Condesa, manteniendo intacta su capacidad de convertir en surreal todo lo que toca. Revela supuestas hazañas sexuales en las copas de los árboles, pero también excentricidades al borde de la locura, como traerse el cadáver del marido para dormir con él “hasta que mi mamá me lo quitó”; luego, Lin May regresa a su faceta cotidiana, con la misma expresión gestual nula, en la que declara haberse casado siete veces y hacer el sexo tres veces al día.

- El mito del talento de la vedette

Cuevas desenmascara el mito del talento de la vedette entrando en la intimidad de las seis legendarias semidiosas, con una habilidad entre el provecho y el respeto. Cuevas acompaña en la marcha por los derechos animales y gestiona la entrevista entre Yamal y Wanda Seux, provocando la acción tipo *cinéma-verité*, para verlas en su apoyo y quiebres de personaje mutuos. Cuevas espera paciente, porque sabe que después del tiempo necesario, detrás de la fachada de éxito y fortaleza está el feo rostro de la vejez y la tristísima negativa a aceptarlo. La negación del desplazamiento y del envejecimiento (“¿Qué tienen de malo las arrugas, si doy todo en el escenario?”).

Imagen 1. Cartel promocional del documental *Bellas de noche* (2017) en Netflix.



Fuente. Cuenta oficial del documental *Bellas de noche* en Twitter.

El mito del talento de la vedette nos muestra el bizarro homenaje al cine de los 90, un top shot con pétalos de rosas sobre Rossy Mendoza, nueva *Belleza americana* (Mendes, 1999) y nos revela el artificio que las volvió y envolvió en objetos del deseo brillante (“Verte imponente, jamás te agachabas”); antes de descubrirse ellas mismas estrellas fugaces a quienes les falta algo, cuando les falta el escape y la fantasía. Las estrellas fugaces son dos ojos que han podido dominar a millones de ojos (“Debes ser fuerte y embrujar a la gente”), porque a fin de cuentas la personalidad inventada es, o se siente, real (“soy una princesa árabe...somos diosas”). Detrás del mito del talento de la vedette está la explotación sexual dis-

frazada en los regalos espléndidos (“Tenía yo un baulito de centenarios, ¿Dónde quedó? Quién sabe”), el amor, los novios, los esposos y la corrupción mediante la droga y el alcohol. Explotación sexual que el documental de Cuevas menciona tangencial y no directamente, como sí lo hizo *Cuando conocí al Chapo* (Armella, 2017) con el catálogo de actrices de Televisa para su explotación sexual con políticos y empresarios durante los años 90.

Y finalmente, Cuevas nos presenta a las *Bellas de noche* dispuestas a echarse un último baile y una última cantada, con el reflector puesto lo mejor posible en la comodidad de su hogar y el centro nocturno vacío (“Quiere decir que las estrellas brillan cuando el sol se mete”), plantando cara al infortunio del cáncer, sintiéndose mal por la explotación de la que fueron sujeto (“A todas podrás engañar a mí ya no/ que eres actor de verdad y diriges la comedia/ Ya no hay más función”); solteras o casadas con un viejito, alejándose tomados del brazo por la profundidad de campo lenta, buñuelianamente, no hacia la locura, sino hacia el desasosiego de *Él* (Buñuel, 1953), aprovechando las últimas muestras de interés de la prensa y de *Netflix* para promocionar su *spa* (“Todos queremos masajito”), abrazando el cristianismo en la camioneta matrícula *SHALOM7*; en la foto abrazando el perrito muerto o, incluso, abrazándose al mamotreto recién concluido *Universos en evolución*, en busca de un editor caritativo que lo publique.

Referencias

- Armella, C. (2017). *Cuando conocí al Chapo: La historia de Kate del Castillo*.
- Buñuel, L. (1953). *Él*.
- Delgado, M. (1975). *Bellas de Noche*.
- González, E. (2007). *Los ladrones viejos. Las leyendas del artegio*.
- Isaac, A. (1975). *Tivoli*.
- Mendes, S. (1999). *American Beauty*.